

MICHAEL BURLEIGH

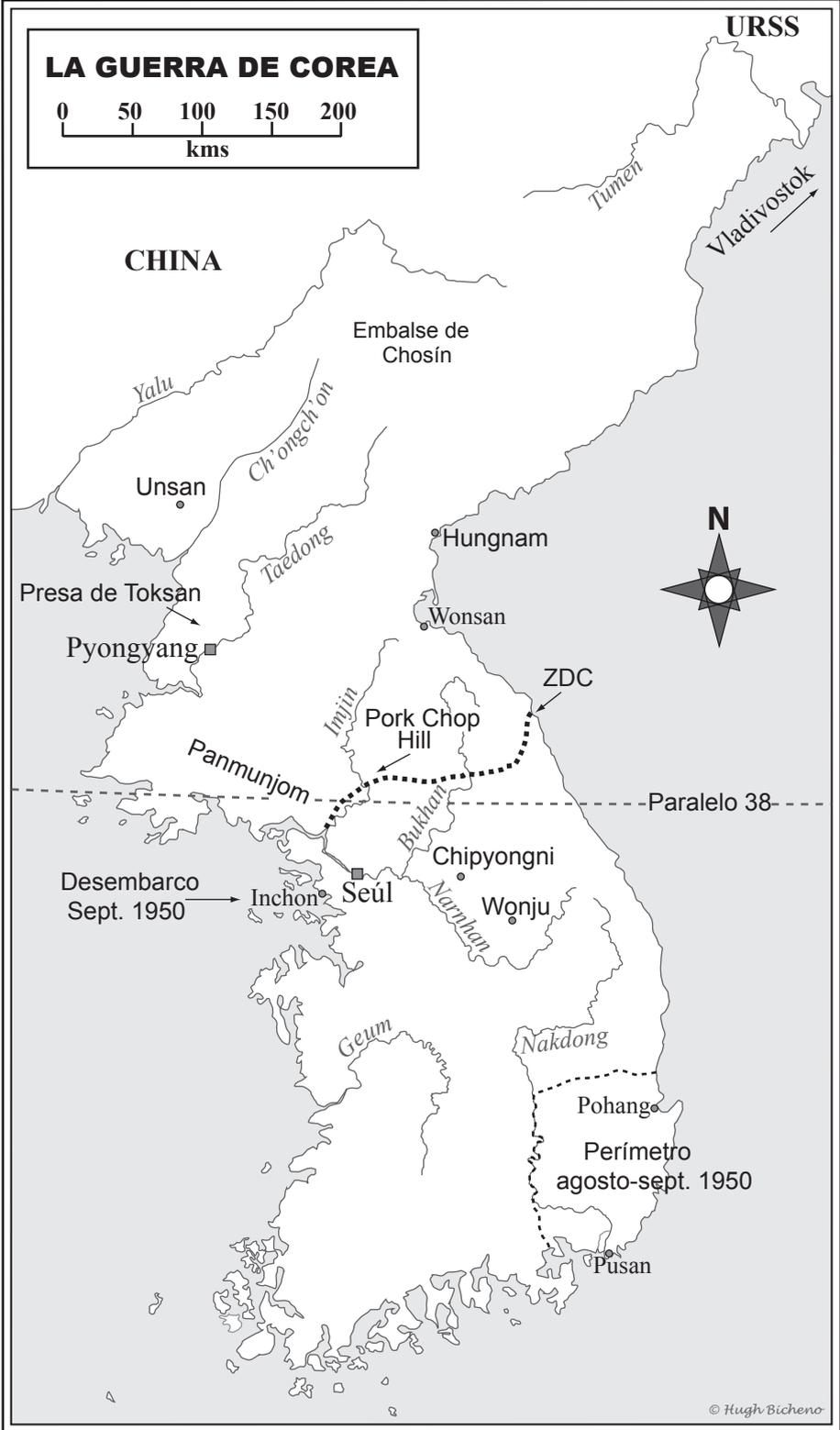
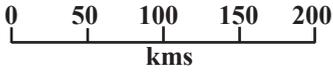
PEQUEÑAS GUERRAS,  
LUGARES REMOTOS

*Traducción de Sandra Chaparro*

taurus historia



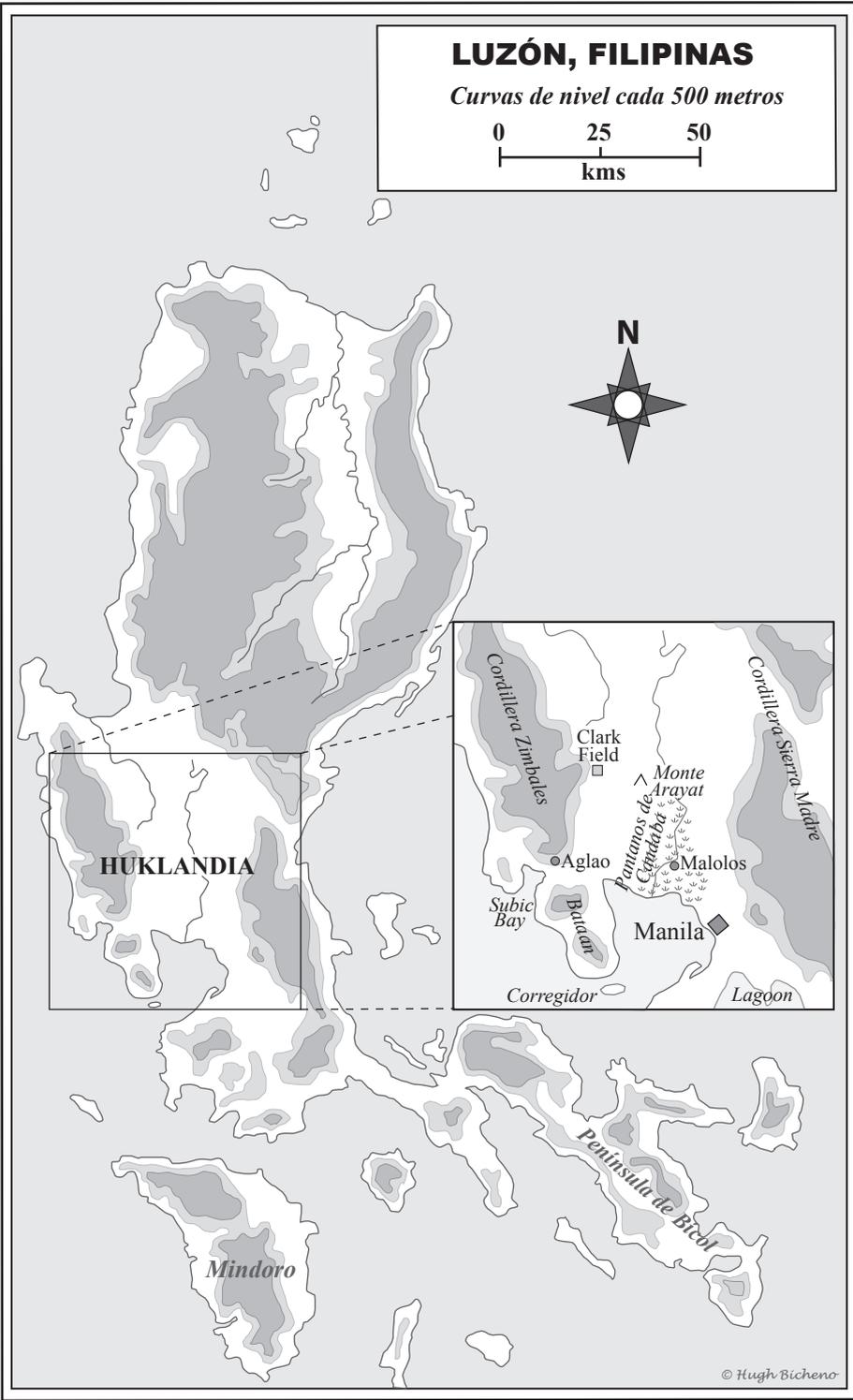
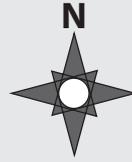
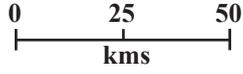
# LA GUERRA DE COREA





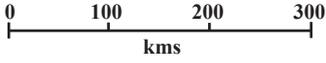
# LUZÓN, FILIPINAS

Curvas de nivel cada 500 metros



# INDOCHINA

^ = Montañas de más de 1000 metros  
(no se dibujan en las zonas donde no hubo combate)



C H I N A

Jingxi

Pac Bo

CHINA  
TONKÍN

Dien Bien Phu

Lang Son

Vinh Yen

Nasan

Hoà Binh

Yen Cu Ha

Ninh Binh

Hanoi

Mao Khe

Haiphong

Incidente del  
golfo de Tonkín

HAINAN

L A O S

Plain des  
Jarres

Vientiane

DMZ

Khe Sanh

ANNAM

Hué

Da Nang

T A I L A N D I A

Bangkok

C A M B O Y A

Pléiku

Qui Nhon

Phnom Penh

Da Lat

Cam Ranh

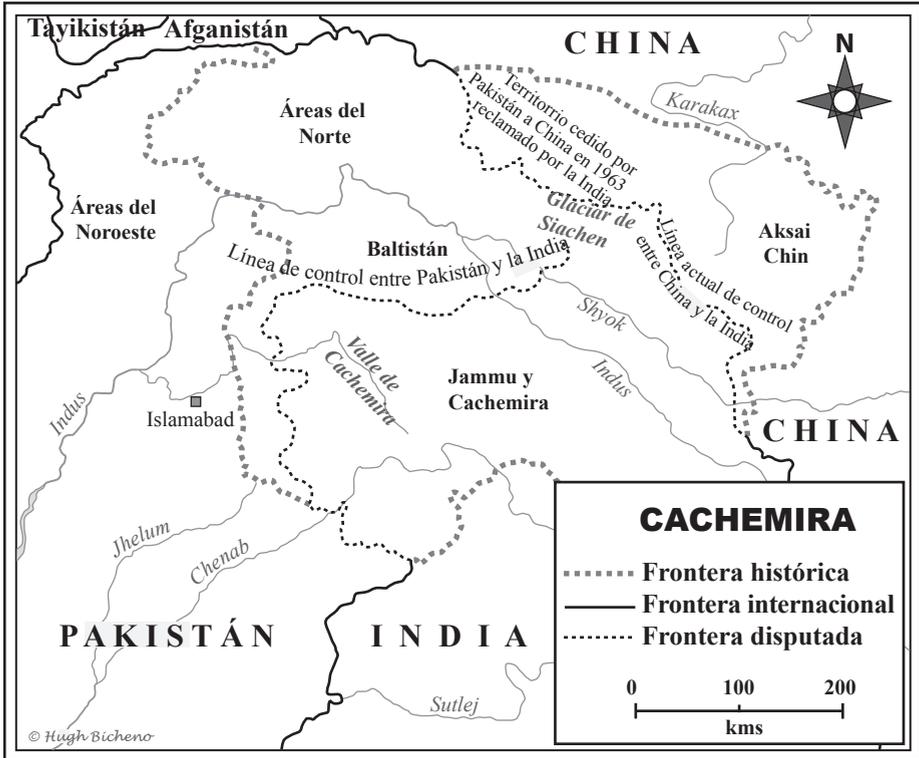
COCHINCHINA

Bien Hoa

Saigón

Ap Bac

N



Tayikistán Afganistán

CHINA

N

Áreas del Norte

Áreas del Noroeste

Territorio cedido por Pakistán a China en 1963 reclamado por la India

Karakax

Glaciár de Siachen

Aksai Chin

Línea de control entre Pakistán y la India

Baltistán

Línea actual de control entre China y la India

Jammu y Cachemira

CHINA

Indus

Islamabad

Valle de Cachemira

Shyok

Indus

Jhelum

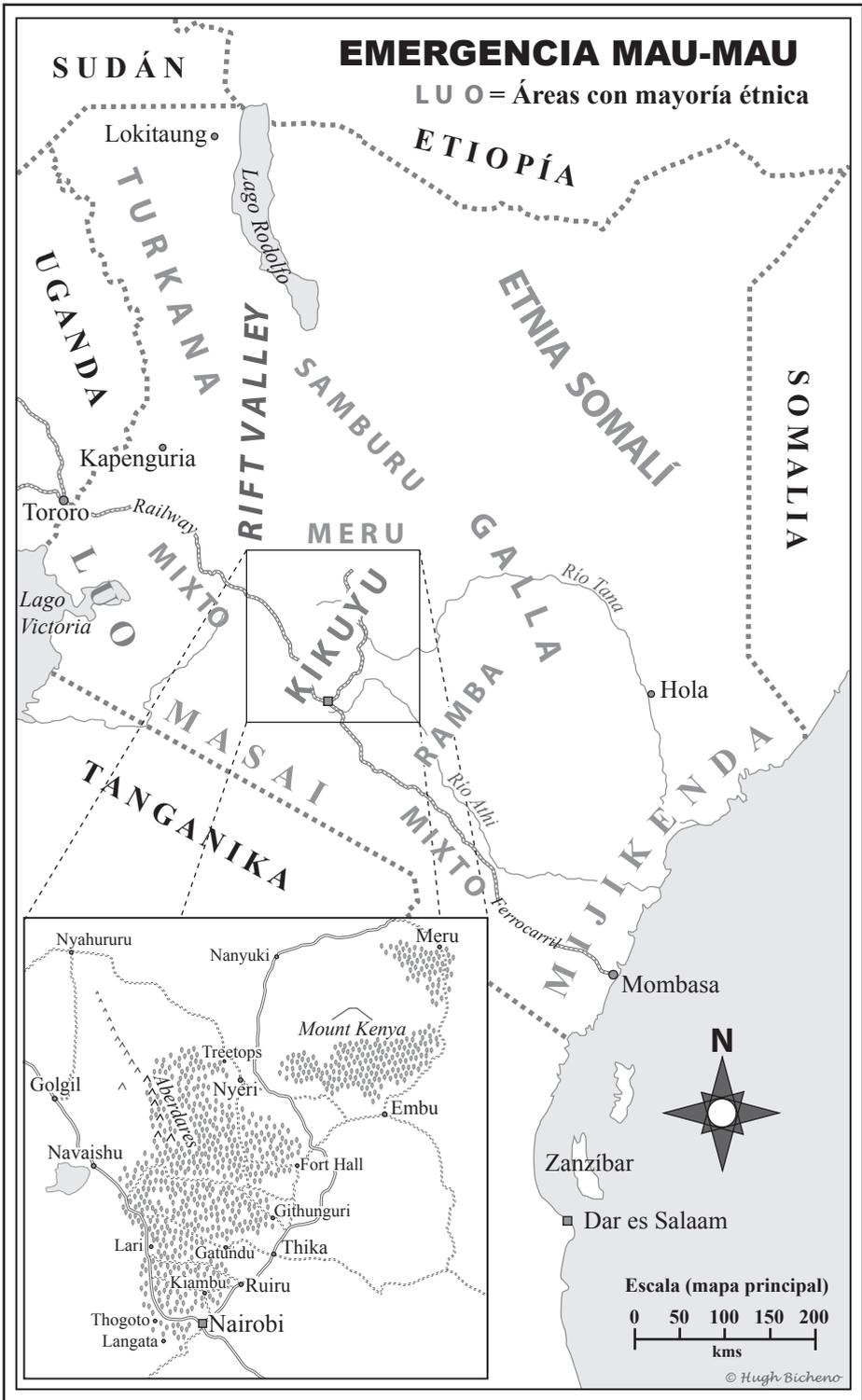
Chenab

PAKISTÁN

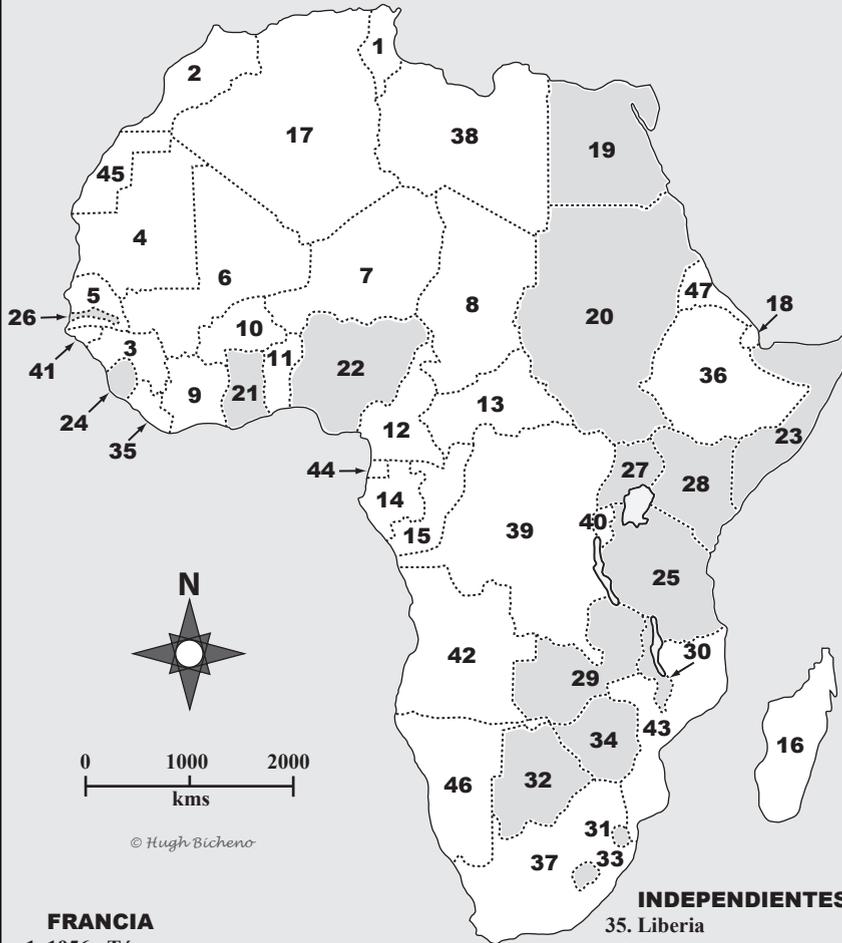
INDIA

Sutlej





# LA DESCOLONIZACIÓN DE ÁFRICA



© Hugh Bicheno

## FRANCIA

1. 1956 - Túnez
2. 1956 - Marruecos
3. 1958 - Guinea
4. 1960 - Mauritania
5. 1960 - Senegal
6. 1960 - Mali
7. 1960 - Níger
8. 1960 - Chad
9. 1960 - Costa de Marfil
10. 1960 - Burkina Faso
11. 1960 - Benín y Togo
12. 1960 - Camerún
13. 1960 - República Centroafricana
14. 1960 - Gabón
15. 1960 - Congo Brazzaville
16. 1960 - Madagascar
17. 1962 - Argelia
18. 1977 - Yibuti

## GRAN BRETAÑA (sombreado)

19. 1954 - Egipto
20. 1956 - Sudán
21. 1957 - Ghana
22. 1960 - Nigeria
23. 1960 - Somalia
24. 1961 - Sierra Leona
25. 1961 - Tanzania
26. 1962 - Gambia
27. 1962 - Uganda
28. 1963 - Kenia
29. 1964 - Zambia
30. 1964 - Malawi
31. 1965 - Suazilandia
32. 1966 - Botsuana
33. 1966 - Lesoto
34. 1980 - Zimbabue

## INDEPENDIENTES

35. Liberia
36. Etiopía
37. Sudáfrica (1910)

## ITALIA/ONU

38. 1951 - Libia
39. 1960 - Congo
40. 1962 - Ruanda-Burundi

## PORTUGAL

41. 1974 - Guinea-Bisáu
42. 1975 - Angola
43. 1975 - Mozambique

## ESPAÑA

44. 1968 - Guinea Ecuatorial
45. 1975 - Sahara Occidental

## SUDÁFRICA

46. 1990 - Namibia
47. 1993 - Eritrea

# CRISIS DE LOS MISILES 1962



## INTRODUCCIÓN

### DE LOS SALONES DE MOCTEZUMA A LA ZONA VERDE DE BAGDAD

**E**n el momento culminante de la intervención en Irak, que ordenara el presidente George W. Bush en 2003, los espíritus audaces instaron a Estados Unidos a hacer lo que sugiriera Rudyard Kipling en 1890, tras la conquista relámpago por parte de Estados Unidos del imperio español de ultramar:

Asumid la carga del hombre blanco,  
enviad por delante a los mejores,  
enviad a vuestros hijos al yugo del exilio  
para satisfacer las necesidades de vuestros cautivos...

Sin embargo, cuando Estados Unidos asumió el control del mundo libre, a mediados de 1945, medio siglo después de que Kipling escribiera y medio antes de los actos del presidente Bush, la historia y la tradición convirtieron esta opción en un asunto mucho más equívoco para los estadounidenses de lo que se suele creer. La patética situación en la que se encontraba Europa tras 1945, empezando por el millón de huérfanos que vagaban por el continente, determinó el destino de sus distantes colonias. En Asia fue como jugar a los bolos para los depredadores japoneses desde principios de 1942. El ejemplo del nazismo había desacreditado la idea de que la raza determinaba el destino político de los pueblos, un principio en el que se basó la ocupación imperialista nipona de Asia, con cuya descripción se inicia este libro.

En él se narran la historia de la decadencia de aquellos imperios y la de los Estados-nación que los sustituyeron, así como las reacciones de Estados Unidos (y la Unión Soviética) ante estos procesos. Las lu-

chas por la independencia en África, Asia y Oriente Medio coincidieron en el tiempo con ese enfrentamiento entre las grandes potencias al que denominamos Guerra Fría. Los estadounidenses hubieron de vencer su ancestral desagrado a intervenir en otros países, un punto de vista «aislacionista», y su rechazo visceral a los gobiernos coloniales, fruto de su propia lucha contra los británicos. Aun así, la república fue presa de un arrebató imperialista justo antes y después de los albores del siglo xx, cuando intensificó su intervención en México y el Caribe. Las colonias causaban conmoción a los estadounidenses, también a su presidente, a pesar de la segregación racial vigente en los estados sureños. Tras realizar una visita a Gambia en tiempos de guerra, el presidente Franklin D. Roosevelt escribió a su hijo Elliot: «Mugre, enfermedades, una altísima tasa de mortalidad. Pregunté por la esperanza de vida, nunca adivinarías cuál es: ¡veintiséis años! Tratan a esa gente peor que al ganado. ¡Hasta sus reses viven más!». En el caso de la Indochina francesa, Roosevelt se mostró de acuerdo con Stalin en que la administración gala de ultramar estaba «totalmente corrupta». Como se afirmaba en un artículo publicado por la revista *Life*, en octubre de 1952: «Si de algo estamos seguros es de que *no* combatimos para mantener unido al Imperio británico».

Sin embargo, a finales de la década de 1940, cuando la Guerra Fría entró en su fase más virulenta, Estados Unidos decidió que era más barato apoyar a los imperios coloniales que desplegar tropas propias. Defendían la idea de que las metrópolis europeas económicamente debilitadas a causa de la descolonización correrían el mismo peligro de sufrir levantamientos comunistas que sus colonias. Puesto que el único estado comunista era la Unión Soviética, se daba por sentado que era responsable de toda insurrección que tuviera lugar en cualquier parte del mundo: de hecho, había creado la Internacional Comunista, o Comintern, en 1919 con este fin. Lo cierto es que, a pesar de que Stalin había sido Comisario para las Nacionalidades en el Gobierno de Lenin, no tenía el más mínimo interés en el Tercer Mundo. Una niebla roja nublabla la vista de la clase gobernante estadounidense incluso después de que Yugoslavia y China siguieran su propio camino. Los expertos del Departamento de Estado no siempre encontraban rojos debajo de las camas, y el presidente Dwight Eisenhower advirtió de los peligros que suponía para la democracia la creación de un complejo militar-industrial. Evidentemente, la incapacidad demostrada por los estadounidenses a la hora de dis-

criminar entre regímenes comunistas no fue nada en comparación con la incapacidad de los sucesivos regímenes comunistas para aprender de los desastres acaecidos a quienes les precedieron. Mao repitió muchos «errores» al realizar sus criminales experimentos de colectivización, al igual que Stalin, cuyo radicalismo se vería eclipsado, no obstante, por la Camboya de Pol Pot.

No todos los estadounidenses estaban conformes con su nuevo papel a nivel mundial. Los congresistas se oponían rutinariamente a invertir dinero en la construcción de embajadas nuevas que el Departamento de Estado creía necesarias, habida cuenta del poder adquirido por el país en la posguerra. Tanto ellos como sus votantes odiaban a los elitistas «de pantalones de rayas» que se dedicaban a despilfarrar el dinero ganado con tanto esfuerzo en zigurats de cristal situados en sitios lejanos. De hecho, los funcionarios del Servicio Exterior solían trabajar en lugares peligrosos, donde podía matarles el aire que respiraban o el agua que bebían, por no hablar de los viajes en avión, bastante más letales entonces que ahora. El odio era mutuo. El secretario de Estado estadounidense Dean Acheson, un elitista anglófilo de la costa este, dio mucho que hablar al afirmar públicamente: «Si hubiera una democracia de verdad en la que siempre se hiciera lo que quisiera la gente, nos equivocaríamos todas y cada una de las veces». Lo anterior cobra mayor importancia teniendo en cuenta que, hoy más que nunca, la intervención occidental en Afganistán está siendo muy impopular, tanto en Europa como en Estados Unidos.

Lo que facilitó la alianza de Estados Unidos con los imperios europeos tardíos fue el hecho de que las potencias coloniales hubieran asumido una retórica que las describía como a familias felices que avanzaban hacia el autogobierno (sobre todo en el ámbito de la Commonwealth británica, pero también en el de la Unión Francesa), aunque luego emprendieran oscuras acciones contra los nacionalistas de sus colonias por motivos de seguridad. Lo que empezó siendo una mera respuesta a la admisión por parte de los británicos de que ya no podían apoyar a Grecia y Turquía se convirtió, en 1947, en la doctrina Truman, que garantizaba una defensa ilimitada de la seguridad mundial. El senador republicano Robert Taft se opuso a que Estados Unidos se convirtiera en una «chismosa entrometida dispuesta a intervenir en cualquier problema que se planteara en el mundo». Se basaba en una venerable tradición de la política exterior estadounidense que se remontaba a los tiempos de John Quincy Adams, quien

se mostró reticente a apoyar a los nacionalistas griegos a principios de la década de 1820, un gesto intolerable de un país que cuenta con una ciudad denominada Filadelfia y un claro precedente de la política exterior anterior al 11 de septiembre de George W. Bush, quien se mostró contrario a las intervenciones humanitarias tan del agrado de William Jefferson Clinton. El influyente columnista Walter Lippmann fue uno de los primeros en darse cuenta, en la década de 1940, de que esta nueva «globalización» estadounidense ofrecía oportunidades a una Unión Soviética capaz de derrotar a Estados Unidos «desorganizando Estados que ya están desorganizados, dividiendo a los pueblos que padecen guerras civiles e incitándoles a un descontento que ya es bastante importante de por sí». En su opinión, Estados Unidos se vería abocado a «reclutar, dar subsidios y apoyar a un heterogéneo ejército de satélites, clientes, dependientes y marionetas»; una descripción profética de las décadas de las que hablamos en este libro, 1945-1965. Los soviéticos no querían perder el favor de los muchos europeos comunistas adscritos a sus respectivos imperios y adaptaron sus doctrinas, no sin cierta reticencia, para dar cabida en ellas a los nacionalistas «burgueses», pues no había muchos proletarios dedicados a la industria en el Tercer Mundo antes de que Jrushchev decidiera competir con Estados Unidos por la influencia en los países en vías de desarrollo. A finales de la década de 1960 la China de Mao intentó liderar todas las luchas revolucionarias del Tercer Mundo. Mientras se enfriaban sus relaciones con la Unión Soviética, Mao se negaba a aceptar las pretensiones de la India, que quería convertirse en un socio asiático en igualdad de condiciones. El asunto desencadenó una guerra entre las dos mayores naciones de Asia por ciertos territorios en el Himalaya. Aquellas naciones que intentaban desembarazarse de la administración colonial se vieron envueltas en este gran conflicto entre superpotencias, a veces con consecuencias devastadoras a nivel local. En la Conferencia de Bandung, celebrada en abril de 1955, Yugoslavia primero y la India después intentaron convertir a los nuevos Estados de África y Asia en países no alineados del Tercer Mundo. Los dos mayores imperios de la época eran el francés y el británico, sin olvidar las Indias Orientales en manos de los Países Bajos.

En los libros sobre los imperios se espera que los autores ofrezcan un veredicto, declaración o confesión que aclare sus puntos de vista sobre el tema, aunque la distancia histórica disipa la controversia en torno a los efectos «civilizatorios» en el caso de los antiguos imperios

macedónico, romano, persa o Han. La historia contemporánea es más sensible, aunque en la historia de la humanidad haya habido más imperios que democracias o Estados-nación. Muchos estadounidenses desaprobaban el papel desempeñado por Estados Unidos a nivel mundial, y tampoco había muchos europeos entusiastas del imperio, pues no todos vivían en castillos y palacios. Había y hay muchos destructores del imperialismo. La identificación emocional con el imperio se limitaba, excepto en el caso de Escocia, a las clases educadas en escuelas privadas que se inspiraban en los guerreros cristianos representados en las vidrieras de sus capillas. Su ética era antidemocrática. Un procónsul escribió desde Nigeria: «El deber del protectorado colonial es [...] proteger las virtudes de la vida aristocrática del norte [Nigeria] y su economía colectiva de los efectos del capitalismo, la democracia y el individualismo europeos que acaban con toda civilización». Las clases gobernantes británicas, expertas en montar un buen espectáculo cuando ya todo estaba dicho y hecho, atraparon a las élites indígenas en las menudencias y alabanzas rituales de los títulos y órdenes de caballería. Aunque los estadounidenses no sepan resistirse a «nuestras» bodas reales, la mayoría son capaces de distinguir entre lo superfluo y el arte de gobernar. No son romanos enfrentándose a griegos-británicos, una forma de ver las cosas que tiene desafortunadas connotaciones contemporáneas. No se trata de menospreciar e ignorar mejoras objetivas, como el telégrafo, la erradicación de las enfermedades tropicales, la construcción de vías férreas y carreteras, por no hablar de los sistemas jurídicos y las virtudes cristianas (enseñadas en las escuelas), actualmente más generalizadas en África que en las antiguas metrópolis imperiales, hoy muy secularizadas. Las tasas de alfabetización actuales suelen contar otra historia. Mucho después de que dejara de existir el imperio se conserva cierta sensación de orgullo nacional y una ambición romántica y elitista, bastante generalizada entre los estratos sociales inferiores, que no tiene en cuenta la capacidad y los recursos actuales de Gran Bretaña y da por sentado que siempre habrá extranjeros para realizar los trabajos más desagradables. Aunque este autor no sea un cruzado ni intente justificar pasadas injusticias, tiene una visión realista del imperio y del desafortunado legado que ha dejado en herencia a las antiguas potencias coloniales. Afecta al subconsciente de muchos moralistas internacionales que sobrevaloran nuestro peso específico, por mucho que esto desagrade a los defensores de los derechos humanos.

Por lo tanto, este libro versa sobre una época de transición crucial en la que el poder se desplazó de las capitales europeas a la «capital del mundo a orillas del Potomac». A lo largo de este proceso, docenas de nuevas naciones se abrieron camino hacia una existencia independiente, muchas con éxito y otras todo lo contrario. Puesto que un libro que pretendiera dar cuenta de todas y cada una de las luchas por la independencia que ha habido sería inabarcable, he seleccionado aquellos procesos que han atraído mi atención, dando primacía a la profundidad a costa de un enfoque más amplio. No he tenido más remedio que cercenar largos capítulos sobre Angola, Mozambique y África del Sur en los que trabajé durante meses. En todos los casos lo determinante fue la presencia o ausencia de líderes carismáticos como Chiang Kai-shek, el presidente Mao, Ho Chi Minh, Fidel Castro, Patrice Lumumba o Jomo Kenyatta. ¿Quién recuerda al líder comunista malayo Chin Peng, uno de los pocos de mis personajes que ya tiene noventa años mientras escribo estas líneas y aún merodea en algún punto de la frontera tailandesa? Se vertió mucha sangre en algo que no fue un proceso sociológico, si bien conviene no olvidar que en África, a la que se suele considerar extremadamente salvaje, la creación de nuevos Estados costó menos vidas de las que se pierden todos los años en accidentes de tráfico en Estados Unidos. Evidentemente no fue el caso en Argelia o Indochina, donde murieron millones, ni en Corea, donde las cifras de muertos también fueron colosales, mientras las superpotencias libraban una guerra por poderes y los estadounidenses se enfrentaban a los ejércitos de Mao.

Este periodo en el que hubo muchas pequeñas guerras en lugares lejanos está de actualidad, sobre todo en los círculos militares que lo estudian obsesivamente. Aquí analizaremos algunas guerras libradas por británicos, franceses y japoneses antes que ellos, y cuestionaremos parte de la sabiduría heredada que sustituyó a incompetentes apaleados por semihéroes sofisticados que practicaban un arte de la guerra con corazón y mentalidad «populocéntrica». Expertos en temas militares y generales han extraído de este periodo lecciones prácticas que han aplicado a los conflictos contemporáneos de Irak y Afganistán, ignorando a menudo las tácticas que realmente permitieron ganar batallas atípicas y resaltando lo más parecido a aquello que pretenden hacer en el presente.

A continuación exploro experiencias paralelas de los estadounidenses en Filipinas y Vietnam. En el primer caso, los estadounidenses

dirigieron una exitosísima campaña contra la insurgencia y, en el segundo, heredaron y agravaron el desastre que habían dejado los franceses al partir. Lo cierto es que las campañas basadas en ganarse corazones y mentes de los gobernados solo funcionaban si la energía cinética —un eufemismo para referirse a la matanza de personas— lograba mantener bajo control a la población y al territorio. Ciertos defensores contemporáneos del método, como el general David Petraeus, no parecen estar dispuestos a reconocer que fueron los japoneses quienes inventaron este tipo de guerra, mucho antes de que los británicos combatieran en Malasia. Los británicos triunfaron en Malasia, de donde pensaban retirarse de todas formas, frente a un enemigo que constituía solo parte de una minoría étnica; algo parecido a lo que ocurrió en Kenia, donde los insurgentes Mau Mau eran elementos marginales de la tribu kikuyu. En Argelia e Indochina los franceses tenían en su contra a la mayoría de la población, y perdieron ante guerrillas capaces de refugiarse en los Estados vecinos. China y la Unión Soviética también enviaron hombres y armas a Indochina. Y aunque los estadounidenses fueron capaces de disociar a los nacionalistas de izquierdas argelinos de los comunistas, no supieron hacer lo mismo en Vietnam y acabaron combatiendo en una guerra desastrosa y exclusivamente suya. Lo cierto es que la capacidad para discriminar entre estados comunistas se veía obstaculizada por las similitudes genéricas que existían a nivel interno. En todos ellos, Albania, Bulgaria, China o Vietnam, la policía secreta enviaba a los detractores a campos de concentración.

Cuando recurrimos a las campañas antiinsurgentes como paradigmas de las prácticas contemporáneas pasamos por alto sus aspectos más jugosos. Se ocultó deliberadamente toda la documentación existente y se destruyó todo material escrito que pudiera resultar incriminatorio en relación a casos de brutalidad, tortura y asesinatos. Los británicos llegaron a convertir en polvo las cenizas de los papeles quemados y las arrojaron en contenedores al fondo del mar, donde no hubiera corrientes que pudieran sacarlos a la luz. También se manipularon sistemáticamente los archivos legados a los gobiernos poscoloniales. Si un documento llevaba una W estampada (equivalente a «clasificado»), se eliminaba del archivo y se ponía en su lugar una copia cuyo contenido fuera anodino. Solo estaban capacitados para realizar esta tarea los oficiales blancos de la policía colonial. Quien dio la orden fue el secretario para las Colonias del primer ministro Harold

Macmillan, Iain Macleod, quien indicó que todo material «que resulte embarazoso para el Gobierno de Su Majestad, miembros del cuerpo de policía, fuerzas armadas, funcionarios u otros, por ejemplo, informantes de la policía», o que pudiera «utilizarse de forma poco ética por los ministros del Gobierno entrante» no debía ver la luz del día. Los archivos que escaparon a la quema se clasificaron como «secretos» y se guardaron en un centro de comunicaciones del Foreign Office situado en Buckinghamshire, donde permanecieron hasta que los abogados que representaban a las víctimas de malos tratos por parte de los británicos en Kenia forzaron su apertura selectiva al público en el año 2011.

La época que trato arroja luz sobre muchos procesos contemporáneos que surgen en el horizonte cual barcos, de Cuba a China y de Palestina a Pakistán, si bien también estoy convencido de que los contemporáneos labran sus destinos a partir de un pasado que estaba tan poco predeterminado como lo está el presente. Para muchos de los que vivieron las grandes transformaciones que describo, estas resultaban inconcebibles, tanto si hablamos del acceso al poder de Mao y de una China comunista como si nos referimos a la rápida desaparición de lo que parecían imperios mundiales inexpugnables. La gente probablemente sintiera lo mismo en relación a la imposibilidad de imponer una democracia o la integración racial. También expresaron certezas que desaparecieron en las décadas subsiguientes. ¿Cuántos estadounidenses recuerdan que Pakistán fue uno de sus aliados más fiables cuando consideraban a la India sospechosamente roja? ¿Quién podría haber imaginado, teniendo en cuenta la desastrosa intervención de Estados Unidos en Indochina, que acabaría haciendo ejercicios navales junto al Vietnam comunista para contrarrestar las reivindicaciones de China sobre un puñado de rocas sumergidas en el norte del Pacífico, o que China y Japón combatirían contra otros al este del mar de China?

Los historiadores sistematizan décadas de historia, imponiendo su propia periodización, y hay quien habla de la Era de los Descubrimientos, de la Guerra Civil europea 1890-1945, de la Guerra Fría 1947-1989, etcétera. Lo llevan haciendo desde el Renacimiento, cuando se empezó a mencionar una Edad Oscura surgida tras la Antigüedad clásica. Pero la vida de la gente rara vez encaja en este tipo de subdivisiones, habida cuenta, sobre todo, de que hasta muy recientemente no había que ser joven para optar a un cargo político de alto

nivel. He procurado cubrir las experiencias generacionales de los hombres que desempeñaron un papel importante en estos sucesos. Pero hay que señalar que el miedo a recaer en la política de apaciguamiento de la década de 1930, por ejemplo, siguió preocupando a líderes que, como los presidentes Truman, Kennedy o Johnson, eran demasiado jóvenes como para haberla vivido. De ahí que haya incluido reseñas biográficas de la mayoría de los actores, para recalcar la miríada de experiencias que les llevaron a tomar ciertas decisiones a lo largo de estas dos décadas. ¿Qué pensarían los futuros líderes de África o Asia cuando, siendo jóvenes, miraban embobados los grandes y sofisticados edificios de las capitales europeas sabiendo que tras esas elegantes fachadas se decidía el destino de sus compatriotas con arreglo a principios antropológicos abstractos e inadecuados, o teniendo en cuenta una situación internacional de equilibrio de poder que poco o nada tenía que ver con ellos? Para hablar de estos futuros líderes debemos realizar un gran acto de imaginación y recuperar esa vitalidad pura del marxismo-leninismo o los «socialismos nacionales» que, en las décadas subsiguientes, fueron sustituidos por el comunismo o el islamismo político. Espero poder dar cuenta asimismo de la visión del hombre de la calle, de la perspectiva de esos hombres y mujeres que padecieron las guerras calientes y frías, así como de la de los oficiales de Inteligencia que aparecen y desaparecen de esta historia como sombras. Muchos de los sujetos de los que hablamos aquí hacen gala de una gran perspicacia. Pensemos, por ejemplo, en la idea iraní de que los británicos intervienen desde la sombra en sus asuntos internos; una forma de paranoia que comparten con los rusos desde que se descubrieron cámaras de televisión ocultas en rocas falsas, colocadas por los servicios de Inteligencia (MI6) en los parques de Moscú. Esta paranoia se aprecia en las palabras del líder nacionalista iraní Mohammed Mossadeq, que tenía buenas razones para sentir miedo. Las fronteras más tensas del mundo, en Corea o Cachemira, lo son precisamente desde este periodo, al igual que los problemas aún no resueltos entre Israel y sus vecinos, uno de los más de veinte problemas candentes del Oriente Medio poscolonial.

Este relato vira sin vergüenza, se vuelca sobre sí mismo y repasa eventos clave en contextos diferentes, intentando entretejerlos sin alterar sus complejos estratos. Mis lectores no podrían seguir un relato que diera cuenta simultáneamente de eventos acaecidos en culturas diferentes que distan miles de kilómetros entre sí. Tendríamos que

saltar de Argelia a Kenia, vía Malasia e Indochina. Tras las elegantes actitudes adoptadas por los Estados estaban los demiurgos culturales, por ejemplo en el caso de la India y sus poco cordiales relaciones con China, o de esta con los vietnamitas, que también tendremos en cuenta. Aunque, en ocasiones, la mentalidad militar padezca de amnesia, contamos con claros ejemplos de batallas que ejercieron su influencia sobre otras y de mentalidades formadas en ciertos contextos, como en el caso de los franceses de Indochina, que desarrollaron todo un programa para favorecer la victoria en otro caso, el de Argelia, aunque implicara que paracaidistas amotinados saltaran sobre el centro de París. Las conexiones son sorprendentes y la moralidad solía dejar bastante que desear, sobre todo en casos como el de la conjura franco-anglo-israelí para derrocar a Nasser, o el de los acuerdos de los hermanos Kennedy con la mafia para asesinar a un Fidel Castro que tampoco era reticente a asesinar a sus enemigos. Algunas «buenas» decisiones, como la de Johnson de no recurrir a las armas para evitar que China se convirtiera en una potencia nuclear, llevaron a otras «malas», como el intento de derrotar a Vietnam del Norte por medio de bombardeos convencionales para dar seguridad a los aliados de Asia-Pacífico, ansiosos desde las primeras pruebas nucleares realizadas por China en octubre de 1964. Me he esforzado a lo largo de todo el texto por sacar a la luz estas conexiones e ironías.

Todo mapa, incluidos aquellos que recurren a las palabras en vez de a líneas y sombreados, distorsiona la realidad que representa. De manera que he colocado al revés el mapa que resulta familiar a europeos y estadounidenses, empezando por Asia Oriental y ofreciendo una serie de imágenes en cascada que muestran el avance de los japoneses entre 1941 y 1942 y el impacto que tuvo la guerra mundial en Oriente Medio. He querido incitar al lector a asumir una escala proporcionada en relación a lugares cuya ubicación puede que no tenga muy presente. Tras la única ocasión, Corea, en la que las fuerzas aéreas de Estados Unidos y la Unión Soviética se vieron las caras, volvemos a lo que en realidad fueron guerras contrainsurgentes simultáneas, llevadas a cabo sobre todo en el sur y este de Asia. El núcleo del libro está centrado en el golpe de 1953 contra Mossadeq en Irán y en la crisis de Suez de 1956, momentos en los que Estados Unidos hizo gala de su poder ante sus aliados. Fue entonces cuando los británicos descubrieron que ya no eran una gran potencia, aunque muchos sigan sin ver esta realidad en el siglo XXI.

A continuación se describen las costosísimas luchas entre colonizadores e insurgentes nacionalistas de Argelia y Kenia, hasta llegar al enfrentamiento entre las superpotencias mundiales y sus intentos de ejercer su influencia en África y el sur de Asia, que culminó en 1962 con la crisis de los misiles cubanos, la peor crisis de todo el conflicto. De alguna forma, con todas estas pequeñas guerras se pretendía evitar que la gente del hemisferio norte viera, un día cualquiera, su entorno destruido por grandes arsenales de bombas nucleares. Hago referencia intermitentemente al crecimiento paralelo de estos arsenales letales con la intención de recordar a los lectores lo que realmente estaba en juego cuando agentes rusos o estadounidenses se enfrentaban en algún país lejano siguiendo sus propias reglas del juego. El libro termina con una descripción de la actuación de Estados Unidos como potencia colonial. Sus fallidos intentos de construir una nación en Vietnam del Sur lograron que se percibiera a Estados Unidos como una potencia imperial más, infinitamente más exitosa. Parece que conserva su poder, sobre todo teniendo en cuenta las más de mil bases militares que los estadounidenses tienen en ultramar, desde la Zona Verde de Bagdad a un hangar de *drones* en las Seychelles, aunque hasta los más críticos con Estados Unidos admiren y consuman su cultura material e intelectual, alta y popular.

Como muy bien me recordara sir Vidia Naipaul, los historiadores de la antigua Roma, de Apiano de Alejandría a Edward Gibbon, seguían intentando entender el efecto a largo plazo de grandes sucesos que habían tenido lugar siglos antes. Es una excusa respetable para justificar las inacabables revisiones en Europa de la historia de la Segunda Guerra Mundial y de episodios más o menos exigüos. Quisiera que mis lectores se centren en las dos décadas seminales de la Guerra Fría, el mundo del que provienen los mayores de entre ellos; el mundo en el que yo crecí. Quería lograr una profundidad que se hubiera perdido de haber proseguido la historia hasta las décadas de 1970 y 1980. De estos años salió el mundo tal y como lo conocemos hoy que, paradójicamente, ha llevado a todo ciudadano consciente a pensar de un modo mucho más global que en los primeros tiempos de la globalización.

Aunque el imperialismo sea un tema espinoso, he procurado no adoptar un aburrido tono de «por un lado..., por otro...». Lo que sigue no es una defensa de la historia, hay poca ideología y aún menos nostalgia en los sucesos que describo, y este historiador no forma par-

te de las campañas lideradas por abogados activistas a favor de las víctimas del imperio. Pero cuestiones como la forma de hacer la guerra a adversarios que se ocultan entre la población tienen relevancia hoy, como también el modo en que las sociedades que se autoproclaman civilizadas ocultan las torturas bajo eufemismos. El libro no agradará a quienes solo busquen una confirmación de dogmas simplones y rara vez leen algo que no se ajuste a su ideología. Afortunadamente, la mayoría de los lectores no entra en esta categoría y mucha gente de distintas edades y nacionalidades leerá este libro. Habrá quien viva en sociedades marcadas por la larga recesión de un imperio, como la mía, y también habrá quien aún deba hallar formas de acabar con los mitos fundacionales de su liberación nacional. Las devociones propias del FLN, que gobernaba Argelia, seguramente sonaban huecas a los numerosos argelinos desempleados menores de veinticinco años, sobre todo cuando veían a los hijos de la élite gobernante conducir sus Porsche. Espero que este libro suscite en la gente con amplitud de miras la misma sorpresa que depara exponer una pintura a rayos X y ver muchas capas de intentos frustrados y correcciones bajo la delicada superficie; elecciones y decisiones adoptadas por personas como nosotros.